

06/09/2019

UNA GUERRA INTERIOR Gálatas 5: 16-25

El cristiano vive una lucha diaria. Diariamente se enfrenta a la tentación del pecado y esta tentación proviene de dos fuentes. Una de esas fuentes es satanás quien nos quiere hacer caer en pecado para desanimarnos y para que nos alejemos de Dios, sabiendo que si nos alejamos estaremos aún más débiles y vulnerables a sus ataques hasta destruirnos. El Señor Jesús dijo que satanás había venido para robar, matar y destruir (*Jn. 10:10*), y el Apóstol Pedro dijo que el diablo andaba rondando por todas partes como león rugiente buscando a quien devorar (*1P. 5:8*). Sus artimañas principales para lograr su propósito son la tentación, el engaño y el error; y su instrumento principal es el ser humano para tentar, y para sembrar el engaño y el error. Sin embargo, debo decir que satanás no nos obliga a pecar, él solo nos tienta, pero la decisión sigue siendo nuestra, así que no podemos echarle la culpa de nuestro pecado; nosotros somos responsables por nuestros pecados.

Pero también, la otra fuente de pecado proviene del propio interior del creyente. Santiago dice: *“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”* (*Stg. 1:13-15*). Y esto es porque, cuando hemos venido a los pies de Cristo confesándolo como Único y Suficiente Salvador, Dios redimió o rescató nuestras almas, pero nuestra carne todavía espera la redención de acuerdo con lo que el Apóstol Pablo enseña. Pablo dice que: *“...nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo* (*Ro. 8:23*). Como ya hemos visto, esto ocurrirá cuando lleguemos a la presencia de Dios, o cuando Cristo venga por su Iglesia (*1Co. 15:52-54*).

Así es que, mientras vivamos aquí en la tierra tenemos una lucha diaria contra satanás que nos quiere hacer caer, y contra nuestra propia inclinación personal hacia el pecado todos los días. Déjeme decirle así, directamente, que quien no tiene esa lucha diaria contra el pecado es porque simplemente no es cristiano. El mismo Apóstol Pablo vivía esa lucha y por eso nos enseña la manera de vencer. El Apóstol escribió: *“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que*

aborrezco, eso hago.... Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Ro. 7:15,19). Aquí Pablo está consciente de su condición de pecador porque su carne, y la nuestra, se inclinan hacia el pecado, pero por otro lado, el espíritu se inclina hacia Dios. ¿Quién ganará en esta difícil lucha? Pablo, quien fuera un hombre intachable e irreprochable, tuvo estas luchas. El Apóstol dice: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la Ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”* (Ro. 7:22-25). Pablo, en su propia experiencia nos da la solución para salir victoriosos de esa lucha a muerte entre la carne y el espíritu: Cristo y su Palabra.

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (v.16).

En nuestro relato Bíblico de hoy, vemos que el Apóstol Pablo ha estado haciendo énfasis en el caminar en el espíritu; lo hizo en el versículo 13 y lo hace aquí (v.16). Caminar en el espíritu es completamente contrario al andar en la carne. El andar en el Espíritu busca agradar a Dios en todo, dejándose guiar por el Espíritu Santo, pero el andar en la carne busca satisfacer el deseo del cuerpo, el cual, ya vimos, está inclinado hacia el pecado. En otras palabras, no debemos buscar satisfacer nuestra naturaleza pecaminosa. Es decir, nuestra conducta debe estar gobernada, es decir, controlada y dirigida por el Espíritu Santo.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (v.17).

Créame, la lucha que se vive dentro de nosotros es tremenda; es una lucha mortal, pero mientras caminemos guiados por el Espíritu Santo, no cederemos a nuestras bajas inclinaciones; a esto se refiere cuando dice *“para que no hagan lo que quieran”*. ¿Por quién se deja llevar usted?, ¿por la carne o por el Espíritu? En ambos hay resultados, pero esos resultados son completamente opuestos.

Todo creyente tiene dos naturalezas, la pecaminosa que recibimos de Adán y la espiritual que recibimos de Dios por medio de Jesucristo el Señor, cuando se ha entregado la vida a Él. Estas dos naturalezas se oponen en deseo y propósito como ya vimos. La naturaleza carnal no quiere escuchar a la espiritual porque le hace ver lo mal que está y esto no es de su agrado.

“Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley” (v.18).

Los cristianos gálatas que eran de origen judío, creían en el cumplir con la Ley de Dios además de creer en Cristo como medios para salvación. Pablo les enseña que están en un error; solo Cristo salva, la Ley, no. ¿Qué tiene de malo la Ley? Nada, es de Dios y por lo tanto, es perfecta. El problema está en la persona, no en la Ley. El tratar de obedecer la Ley los llevaba a tratar de controlar su comportamiento, lo cual es bueno, pero en realidad poco efectivo por esa inclinación hacia el pecado. Cuando un judío caía en pecado recurría al sacrificio de animales para pagar su deuda por el pecado; muchos habían malentendido el significado de los sacrificios animales como ofrendas por el pecado. Hoy en día no es tan diferente. Muchos quieren hacer obras y obras y obras como un medio para compensar sus pecados, es decir, con las obras quieren encubrir sus pecados y creen que quedan bien con Dios. Así mismo ocurría con los judíos. Pero el Apóstol Pablo dice no se trata de intentar controlar nuestro comportamiento o nuestra conducta porque tendremos graves decepciones con nosotros mismos al sentirnos ineficaces o inútiles al no poder lograr tener ese control; tampoco se trata de encubrir el pecado con buenas obras, sino más bien, se trata dejar que el Espíritu Santo transforme ese comportamiento. Así es que la Ley no puede salvar, sólo nos hace ver qué tan pecadores somos, pero el Espíritu de Dios nos pone en libertad (2Co. 3:17). Esto es vivir bajo la gracia.

“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el Reino de Dios” (vv.19-21).

Tal vez con la versión Dios habla Hoy nos quede más claro estos comportamientos que son desagradables a Dios: *“Es fácil ver lo que hacen quienes siguen los malos deseos: cometen inmoralidades sexuales, hacen cosas impuras y viciosas, adoran ídolos y practican la brujería. Mantienen odios, discordias y celos. Se enojan fácilmente, causan rivalidades, divisiones y partidismos. Son envidiosos, borrachos, glotones y otras cosas parecidas. Les advierto a ustedes, como ya antes lo he hecho, que los que así se portan no tendrán parte en el Reino de Dios” (vv.19-21).* Aquí Pablo enumera una lista de vicios y conductas que son desagradables a Dios y contrarios a lo que enseña su Palabra. Por lo tanto, el cristiano verdadero no puede andar en ellos. De esta lista pueden derivar muchos pecados más por cuanto dice:

“y cosas semejantes”. Es decir, si se trata de vicios y conductas, aquí podríamos incluir cosas como la drogadicción, la pornografía y la masturbación, la manipulación, el engaño, la confabulación o conspiración, etc. Todas estas prácticas no tienen lugar en el programa de Dios.

Todos pecamos, pero la palabra clave aquí es *practicar*, es decir, se refiere a cuando es un estilo de vida en alguien que se dice creyente; el verbo se encuentra en tiempo presente lo cual significa una acción continua, es decir, hoy, mañana y todos los días. Un verdadero creyente no puede vivir así como estilo de vida y pretender al mismo tiempo que puede alabar a Dios y recibir bendiciones de Él. Andar en estas cosas significa no andar en Cristo. Pero estas cosas son representativas de todo lo que resulta tentación para un hijo de Dios. Con todas estas cosas en mayor o menor grado lucha diariamente un hijo de Dios.

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (vv.22-24).

La tentación de la carne se combate y se vence con el Espíritu Santo. Si alguien quiere intentar vencer la tentación con sus propias fuerzas, va a perder. Tal vez podrá ganar en alguna u otra ocasión, pero al final va a perder. El problema de luchar con nuestra propia fuerza es que tarde o temprano nos vamos a cansar y, cuando nos cansemos, es cuando tomará ventaja de nosotros la tentación.

Dios sabe nuestra condición de debilidad en la carne (*Heb. 4:15*), por eso se compadece de nosotros y no nos deja que luchemos con nuestras propias fuerzas; Dios nos ha dejado al Espíritu Santo *con* el creyente y *en* el creyente, es decir, actuando alrededor del creyente, o con las cosas externas del creyente, y actuando dentro del creyente, es decir, con sus emociones, sentimientos, pensamientos, etc.

El Espíritu Santo produce un fruto en la vida de todo creyente. Note que no dice “*los frutos*” como muchos erróneamente enseñan. Dice “*el fruto*”, una sola cosa que contiene nueve virtudes. ¿Por qué es importante decir que es un fruto y no varios frutos? Porque al creer en *los frutos* se comete el error de creer que uno pueda tener mucho amor, pero no gozo o paz; o pueda tener bondad, pero no fe. En cambio, en *el fruto*, es una sola cosa; el creyente tiene todos. ¿Es posible realmente tener todas estas nueve virtudes? No solo es posible, es más bien un hecho, una realidad y

es una garantía porque es el fruto no de nuestro esfuerzo, el cual es muy limitado, sino que es el fruto del Espíritu Santo en uno. Para que ese fruto esté en uno es necesario ser creyente y dejarse guiar por el Espíritu Santo.

Solo quienes se dejan guiar por el Espíritu Santo, solo quienes dejen actuar al Espíritu Santo en sus vidas, podrán someter las tentaciones de la carne y vivir la libertad en gozo que Cristo da. Estos son aquellos y aquellas que han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Estos son aquellos y aquellas que han decidido agradar a Cristo por encima de sus propios gustos y deseos. Estos sí son de Cristo y dan testimonio de las cosas que Dios ha hecho y está haciendo en sus vidas. Todas estas virtudes del fruto del Espíritu Santo son evidencia de la transformación diaria que Dios hace con sus hijos, y están por encima de la Ley porque, como dije antes, la Ley no transforma, solamente nos enseña lo que es desagradable delante de Dios, pero Dios quiere vidas transformadas por el poder del Espíritu Santo.

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (v.25).

La carne que se inclina al pecado, va perdiendo poder en la mente y en el corazón del creyente, en la misma medida que el fruto del Espíritu Santo va creciendo dentro de ese creyente. Pablo escribió en su Carta a los Romanos: *“Por lo tanto, no dejen ustedes que el pecado siga dominando en su cuerpo mortal y que los siga obligando a obedecer los deseos del cuerpo. No entreguen su cuerpo al pecado, como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, entréguese a Dios, como personas que han muerto y han vuelto a vivir, y entréguele su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante Él. Así el pecado ya no tendrá poder sobre ustedes, pues no están sujetos a la Ley sino a la bondad de Dios” (Ro. 6:12-14).* Si en verdad somos espirituales, reflejemos con nuestro testimonio que somos espirituales, no solo creyentes de palabra.

Conclusión.

Las luchas que tenemos diariamente contra la tentación van moldeando nuestro carácter a la semejanza del Señor Jesucristo cuando vencemos con la ayuda del Espíritu Santo. Algunas personas me han comentado que no han podido dejar tal o cual vicio, o no han podido vencer tal o cual tentación, o no han podido desarrollar tal o cual virtud. Dicen que han luchado con todas sus fuerzas, que lo han intentado una y otra vez, pero que no han visto resultados; dicen que han orado a Dios muchas veces, pero que Dios no les ha respondido; al final, terminan por

dejarse vencer. Mi respuesta siempre es que, si ya lo intentó una y otra vez y no ha visto resultado es evidencia de que usted no ha podido; ¿por qué no se lo entrega ahora a quien sí puede? Dios puede y nos ha dado la guía del Espíritu Santo y nos ha dejado su Palabra como un manual de vida y conducta.

Si usted ora y ora a Dios, pero no lo busca en su Palabra, no encontrará las respuestas que necesita porque usted ya tiene una predisposición hacia algo. El Espíritu Santo hace que usted tenga claridad o entendimiento cuando medita en la Palabra de Dios.

Pablo tenía perfectamente claro algo en esa lucha que sostenía él y que sostenemos todos nosotros (*Ro. 7:15,19*): Pablo estaba consiente que estaba haciendo mal lo cual es un buen inicio para la restauración, es decir, para vencer la tentación y ganar la guerra interna. Otra cosa que tenía bien clara Pablo era que no quería hacer ese mal, Pablo no quería dañar su relación con Dios, no quería ni ofender ni lastimar a Dios.

Aunque toda tentación es muy atractiva y agradable a la vista; aunque parece irresistible y se presenta como algo bonito o natural, como algo que no tiene nada de malo, los hijos de Dios tenemos claro que, si es una tentación, es porque no es agradable a Dios y al caer nos va a ocasionar daño en nuestra fe y en nuestra relación con Dios. Para Pablo era más importante agradar a Dios que agradarse a sí mismo y por eso fue un tremendo siervo de Dios, y así mismo podemos ser nosotros.

Deje al Espíritu Santo actuar en su vida y ganará esa batalla diaria, esa guerra interior. Amén... Vamos a orar...